

Un mundo explicado

RAÚL J.A. PALMA*

Desde hace algún tiempo, circula a través de Internet, y se repite en conferencias y en emisiones de radio y televisión, y aparece en las universidades, una eficaz e inteligente descripción del mundo en que vivimos. Es breve, concreta, fácilmente entendible. Hay distintas versiones que difieren en algunos conceptos, pero el panorama resultante de todas ellas es similar. La última que me ha llegado dice así:

“Si pudiésemos reducir la población de la Tierra a una pequeña aldea de exactamente 100 habitantes, de acuerdo a la población existente en la actualidad (seis mil millones), las cantidades proporcionales a la realidad total, darían algo como esto: habría 57 asiáticos, 21 europeos, 8 africanos y 14 personas del resto del mundo. 52 serían mujeres y 48 hombres.

- 70 no blancos y 30 blancos
- 70 no cristianos y 30 cristianos
- 80 vivirían en condiciones infrahumanas
- 70 serían incapaces de leer
- 50 estarían mal nutridas.
- 6 personas poseerían el 60 por ciento de la riqueza de toda la aldea y los 6 serían norteamericanos
- 1 tendría educación universitaria
- 1 tendría su propio PC”

La síntesis es eficaz: pocas palabras, números pequeños, fácil de recordar y repetir. Llega inmediatamente a las conclusiones pretendidas. El mundo está muy mal. Y luego las preguntas: ¿Qué podemos hacer? ¿Qué hacen los demás? ¿Qué hacen los que creemos que pueden o deben hacer algo? ¿Quién tiene la culpa?

Esta situación, activada por esa simple descripción, genera descontento. Pero un descontento frustrado, que no ve soluciones. Lejos de un “descontento creador”. Y las soluciones no llegan si el problema está mal planteado, planteado a medias, o planteado desde una perspectiva incorrecta.

Detalles de la fotografía. El fragmento es como una instantánea fotográfica. Y como lo que vemos confirma algo que ya conocíamos, no la miramos con detalle. Pero hay datos quizá equivocados. Y otros faltantes. Por ejemplo, debe haber en el mundo unos seiscientos millones de computadoras personales, o sea que habría en la aldea unos 10 PC. La población de los Estados Unidos es el cinco por ciento de la población mundial; o sea que habría en la aldea 5 norteamericanos y no 6. Y sería además muy casual que los 5 norteamericanos fueran ricos, o más ricos que algún europeo que pudiera entrar en el grupo. De la misma manera, debería haber más de un graduado universitario, pues en el mundo hay seguramente más de sesenta millones.

Quizá tampoco sean precisas las proporciones de los que viven en condiciones “infrahumanas” y la de los “incapaces de leer”. El demostrar que esos conceptos corresponderían a menos de la mitad de los habitantes de la “aldea”, mejora el cuadro, pero no tranquiliza. No habría cifra, por baja que fuera, que pudiera admitirse. Si se ajusta en esto a la fotografía, la mejora. Pero evitemos aprovechar estos desajustes —tendencia muy común— para descalificar y trastocar la información.

En otras fotografías de la “aldea” que he conocido faltan datos con respecto a la religión —en ésta no—, y con respecto al funcionamiento político-institucional. Esa es una tendencia que se observa en las estadísticas de organismos internacionales —usaré más abajo las del Banco Mundial—, que pretenden ser neutrales en religión e instituciones políticas. Esa neutralidad se convierte en una ausencia de datos, datos delicados sin duda, cualitativos y no cuantitativos. Creo que la pertenencia a una cultura religiosa, o a una cultura que reconoce en sus cimientos la influencia de una religión dada, parece influir en la situación de los habitantes de la “aldea”, o del mundo. Y hablo de cultura fundada en una religión, y no de practicantes activos de la misma. Sin entrar a analizar las prácticas religiosas presentes de los europeos o de los americanos, puede estimarse que la gran mayoría de ellos pertenece a sociedades fundadas en el cristianismo.

Desde el punto de vista precedente, he acuñado la frase “ateo de ...” o “agnóstico de ...”, para explicar un ateísmo inmerso en una cultura arraigada en una religión. No es lo mismo ser “ateo nacido y educado en una sociedad cristiana”, que “ateo nacido y formado en una sociedad budista”. Las respectivas religiones han dejado su impronta en las personas, más allá de la decisión de alejarse de ellas. La clase dirigente política uruguaya, mantiene una tradición de agnosticismo, pero nadie que escuche hablar, por ejemplo, a su ex presidente Julio María Sanguinetti, puede dudar que sea un “caballero cristiano”.

Lo que falta en la fotografía. Así como hay detalles que pueden mejorarse, hay conceptos faltantes, y que completarían el cuadro. Un dato requerido en el párrafo anterior, se satisfaría con la pregunta: ¿cuántos habitantes de la aldea habrán votado regularmente en elecciones de resultados respetados?

Y otras preguntas: Si sesenta millones es el uno por ciento de la población mundial, y una lengua es hablada por menos de esos sesenta millones, esa lengua quizá aportaría un solo habitante a la “aldea”. De allí un interrogante: ¿cuántos habitantes de la aldea no podrán hablar con nadie del resto de los habitantes? ¿En que idiomas emitirá la radio de la “aldea”? ¿Cuántos no entenderán lo que dice, ni siquiera las alarmas?

Y otras más: ¿Cuántos habitantes han visto morir a un hijo? ¿Cómo se agrupan por su expectativa de vida? ¿Cuántas mujeres están solas para mantener y educar a sus hijos? ¿Cuántos habitantes no han conocido a alguno de sus padres, sin que haya muerto? ¿Cuántos tienen una habilidad laboral? ¿Cuántos trabajan regularmente?

Y más preguntas, a las que se les puede dar una intención, para que la fotografía “vire” hacia alguna tonalidad. Por ejemplo, si una pregunta tiene como respuesta que 40 habitantes de la “aldea” consumen el noventa por ciento de la producción total, la foto se ensombrece. Pero si la respuesta a otra pregunta nos dice que 43 habitantes de la “aldea” producen el noventa y ocho por ciento de la producción total, la foto se complica.

Como si hubiera sido el daguerrotipo. Si se hubiera hecho el mismo análisis hace 150 años, veríamos una situación mucho peor. El mundo ha mejorado, las proporciones han evolucionado hacia nuestro ideal “occidental”. A mediados del siglo XIX, según el historiador Eric Hobsbawn, solamente el cinco por ciento de los soldados del ejército del Imperio Austro-Húngaro —primera potencia mundial— sabían leer y escribir. Hoy el ciento por ciento de sus bisnietos lo saben. El Príncipe Alberto, esposo de Victoria de Inglaterra, cabeza de la nación más poderosa de la tierra, murió de tifus. Años antes, joven y exitoso, el compositor Vincenzo Bellini murió en París de cólera. Irlanda se despoblaba por la emigración a la que empujaba el hambre. Luis Pasteur rogaba —en París— para que quienes atendían partos se lavaran las manos y usaran agua caliente.

Y la población mundial a mediados del siglo XIX no llegaba a mil quinientos millones de habitantes. Con cuatro veces esa cifra, ha disminuido la proporción de condiciones y situaciones no queridas. “El mundo está mal, pero nunca ha estado ‘menos’ mal”, nos dice Julián Marías.

Una representación. El fragmento —la foto— puede mejorarse y completarse. Pero, como está, o con las mejoras, debe de mirarse mejor, o más completamente y desde varias perspectivas.

Propongo la siguiente experiencia: simular el caso con alumnos de una universidad, que sacarán de urnas, totalmente al azar, las características de su condición y situación en el mundo. Es fácil conseguir hoy en una universidad 100 alumnos. Quizá para mejorar la precisión, pueden convocarse

mil, y empezar por no obtener el sexo al azar: en la prueba entrarían 515 mujeres y 495 varones. Y a partir de allí, el azar.

Puedo llegar a mi objetivo dando algunos rodeos, pero prefiero presentar un caso, y dejar las conjeturas de otros para el lector. Una mujer va a obtener por sorteo su pertenencia a una región en el mundo: Europa, Oceanía, América y África divididas en dos regiones (Norte y Sur) y Asia por lo menos en tres (Este, Centro, Oeste). Y una urna con papeletas con esos nombres en cantidades proporcionales a las estadísticas. La mujer saca una papeleta que dice “Europa”.

Se dirige a la segunda urna: si es la de “Religión”, ¿qué deberá contener ésta?, ¿treinta por ciento de papeletas que digan “Cristiano”? Si es la de educación, ¿setenta por ciento de papeletas “No lee ni escribe”? Si es la de nutrición, ¿cincuenta por ciento de papeletas “Mal nutrido”? Imaginemos otros resultados del primer sorteo. Un hombre africano, ¿debe recorrer las mismas urnas, con la misma composición?

Llegamos acá a un punto central, y a algo que la fotografía muestra y que nosotros no vemos. La mujer europea tiene una altísima probabilidad de ser blanca, cristiana, instruida y vivir en una democracia. Así, cada habitante que entra en la “aldea”, debería elegir en urnas determinadas por sus resultados anteriores, por lo que no puede haber una urna única para cada atributo. Esto no mejora la foto, sino que la empeora: aquellos habitantes de la aldea o del mundo que posean alguna de las características deseables desde una perspectiva occidental, es probable que las posean todas. El universitario será probablemente también rico, cristiano, bien nutrido, capaz de comunicarse, que vota y que vive muchos años. Y el mal nutrido, será también analfabeto, carente de derechos, de religión y lengua minoritarias, sin familia, sin trabajo. Esto estaba en la foto, y el poder verlo puede acercar la solución, encarrilando el descontento.

Algunas estadísticas más complejas. El Informe Sobre el Desarrollo Mundial del Banco Mundial de 1993 —se publica anualmente—, dedicado ese año a “Salud”, presenta datos de investigaciones complementarias de la mortalidad infantil, mas allá del cuadro médico respectivo. Hechas para países no centrales como Egipto, Guatemala, Indonesia, Kenya, Marruecos y Perú, un cuadro indica que la reducción porcentual de la mortalidad en la niñez (antes de los dos años de edad) en las madres que tienen de 4 a 6 años de escolaridad es del 35 al 45 por ciento con respecto a aquellas sin ninguna escolaridad. Y la reducción sobrepasa el 60 por ciento para 7 ó más años de escolaridad. Otro cuadro muestra para la mortalidad antes de los cinco años de edad un aumento porcentual de entre el 50 y el 80 por ciento para madres menores de 18 años, con respecto a mujeres de entre 20 y 34 años. Y un aumento de la mortalidad de entre el 100 y el 200 por ciento cuando el lapso entre dos nacimientos sucesivos es menor de 18 meses.

La complejidad necesaria del párrafo precedente, podría resumirse así, la mortalidad infantil aumenta al disminuir la edad de la madre, la escolaridad de la madre, y el período entre dos partos sucesivos. No todo es médico: los embarazos de niñas, los de niñas sin escolaridad, y los muy próximos, aumentan la mortalidad infantil. La enfermedad de las criaturas puede ser la misma, pero si sus madres son diferentes, los resultados pueden diferir dramáticamente.

Otro informe de gran valor y rigor, el Informe sobre Desarrollo Humano, publicado también anualmente por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en su edición de 1998 presenta en una tabla la “Pobreza por grupos de idioma en Namibia, comienzos del decenio de 1990”. Indica “pobreza” para el 8 por ciento de los que hablan inglés, 10 por ciento de los que hablan alemán y 11 por ciento de los que hablan afrikaans. La tabla contiene 10 lenguas, y los valores más altos corresponden al oshiwambo, rukavango y san, siendo, respectivamente, del 43, 44 y 65 por ciento.

Un ser humano encerrado en una lengua minoritaria, no puede siquiera estar informado de los avisos públicos sobre salud o trabajo. No lee los diarios de su país ni los carteles, no entiende la radio. No se edita en su lengua para su educación elemental, y mucho menos superior.

Otra vez, las conclusiones y elucubraciones las dejo al lector: la mortalidad infantil la produce la combinación de enfermedades y entornos; la minoría cultural se aísla por su lengua, no la alcanza la educación, no accede al trabajo, arriesga su salud.

Otro ejercicio fácil. El mismo Informe Sobre el Desarrollo Mundial del Banco Mundial de 1993 presenta en su información estadística inicial, a los países ordenados por su Producto Bruto per capita. Los quince más ricos eran, en orden alfabético: Alemania, Australia, Austria, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Italia, Japón, Noruega, Países Bajos, Suecia, Suiza. En el informe de 1997, esa lista varió con la incorporación de Hong Kong y Singapur y el descenso de Australia e Italia.

Y los quince países más pobres eran: Bangladesh, Bhután, Burundi, Chad, Etiopía, Guinea-Bissau, Madagascar, Malawi, Mozambique, Nepal, Republica Democrática de Lao, Rwanda, Sierra Leona, Tanzania, Uganda. Y en el informe de 1997 aparecen Burkina Faso, Niger y Viet Nam, en lugar de Bhután, Guinea-Bissau, República Democrática de Lao.

Podemos probar cómo hasta uno de los grupos más cuestionados por su desapego hacia el estudio y el conocimiento, nuestros adolescentes de escuelas secundarias, serían capaces de indicar, para los países “ricos”, su idioma, su religión —en el sentido dado—, su sistema de gobierno y hasta el nombre de algún gobernante, actual o reciente. Y parece que la religión cristiana —en el sentido antedicho— y la democracia liberal son parte de la cultura de los países más ricos, o medianamente ricos, si completáramos la tabla.

¿Y para los pobres? Puede decirse que los medios de comunicación no los consideran, pero con tiempo aún para buscar en bibliotecas e Internet, no se llegará a mucho. Sabremos que Rwanda y Burundi entran periódicamente en una guerra atroz. Que otros países tienen no menos de 10 lenguas, o que “adoran fetiches”. Y que el comercio mundial los toca en grado mínimo.

Y el Banco Mundial publica asimismo un material clarísimo, cuya interpretación seguramente preocupa pero ayuda a plantear el problema en toda su extensión y profundidad: distintos planisferios, en cada uno de los cuales los países aparecen coloreados según un atributo. Y allí se ve, clara y fácilmente, que los atributos no deseables se repiten en las mismas regiones: bajo PNB (Producto Nacional Bruto) per capita, alta tasa de crecimiento de población, baja tasa de

crecimiento del PNB per capita, alta participación de la agricultura en el PNB, bajo consumo de calorías en la alimentación diaria, baja expectativa de vida al nacer, alta tasa de fertilidad, alta tasa de analfabetismo (superando en algunos casos el 60%).

Y aquí, o ya a partir de la descripción de la “aldea”, podría aparecer la palabra “injusticia”. Sin duda es también una componente de la situación, en casos concretos y aislados, pero nunca una simplificadora causa general y única. Apelo aquí nuevamente a Julián Marías, quien dice: “Los países que durante siglos se han esforzado para dominar la naturaleza, por ordenarse socialmente, por vivir según principios inteligentes y eficaces, tienen derecho a la prosperidad que han logrado, y en ello no hay la menor injusticia”. Y aprovecho para ratificar mi convicción que la religión —en la dimensión cultural en me refiero a ella— contribuye a “ordenarse socialmente”, y a “vivir según principios inteligentes y eficaces”, o puede ser un obstáculo insalvable para ello.

Descontento creador. ¿Qué hacer? ¿Cómo ayudar? E. F. Schumacher lo sintetiza en una pregunta de Lo pequeño es hermoso: “¿Por qué es tan difícil para los ricos ayudar a los pobres?” Y se extiende, siendo alemán, en decir que la mención de “milagro alemán” fue solamente la reconstrucción de la “punta del témpano”. El pueblo mantenía intacta su “educación, organización y disciplina”. Y algo semejante le cabe al Japón.

¿Puede ayudarse sin interferir en la esencia cultural de aquellos que necesitan ayuda? ¿Puede hacerse mejorar una dimensión, sin tocar las otras? ¿Puede crearse, ordenarse, transferirse, regalarse, “educación, organización y disciplina”? ¿Si las mujeres no van a la escuela por una decisión cultural, y de allí pobreza, ignorancia, mortalidad infantil, incapacidad para trabajar, dependencia del varón? ¿Si los sistemas de gobierno son tribales y el sistema de reemplazo es la eliminación física del gobernante? ¿Si la perspectiva religiosa alienta supersticiones, tabúes, estigmas y odios? ¿Si el César es Dios y Dios es el César?

Tenía razón José Ortega y Gasset, al decir que, paradójicamente, le preocupaban más algunos “usos” que los “abusos”. Decía que éstos, como tales, encontrarían protestas y resistencias, manifiestas y crecientes, hasta ser abolidos. Pero los “usos”, incluso aquellos que generan resultados no deseados, son aceptados, son parte de las costumbres; no se piensa, desde quienes los mantienen, en modificarlos.

Y no hemos avanzado mucho. Más bien, complicado el problema. Después de escuchar el fragmento de la “aldea”, podíamos decir: “Qué mal está todo. Y ‘ellos’ no hacen nada”. Y ahora quizá digamos: “Qué mal está todo. Y que difícil parece la solución”. Pero sin olvidarnos que: “El mundo está mal, pero nunca ha estado ‘menos’ mal”.

Además, en los últimos años hemos incorporado un cierto respeto, que quizá es una restricción, hacia el “multiculturalismo”. Según este concepto, cada uno —persona o población— tendría derecho a elegir su forma de vida, su cultura, su educación, su medicina, su sistema de gobierno. Y eso suena bien. Pero esas elecciones pueden tener consecuencias indeseables para quienes las toman: quizá las condiciones infrahumanas de algunos habitantes de la “aldea”. Y esos resultados de países y culturas lejanas resuenan en los nuestros, donde los estudiantes abogan por esos pobres, los

hijos cuestionan el mundo de sus padres, los políticos opositores cuestionan a sus gobiernos y los países centrales son cuestionados por todo el resto. Los manifestantes avanzan por calles de todo el mundo y algunos se regocijan por el mal ajeno. Los sacerdotes cambian su ministerio, que solamente ellos pueden ejercer, por el asistencialismo que puede ser hecho por muchos. Y estas turbulencias resultan de muchas simplificaciones y desconocimientos para interpretar la situación de personas que, entre muchas causas de su estado de marginación, cuenta su resistencia a dejar su idioma minoritario, la postergación femenina, el odio al vecino, la eliminación de su gobernante para reemplazarlo, los castigos de latigazos o amputaciones, la pena de muerte por lapidación, la separación en “castas”, la adoración de animales y plantas.

Hace muchos años, en 1969, hubo una reunión de Obispos católicos en Medellín, Colombia. Esta reunión, justo antes de iniciarse la turbulenta década del 70 en Hispanoamérica, quedó asociada a posiciones católicas supuestamente extremistas y violentas. Así aquella reunión fue entonces condenada por quienes no compartían aquellas posiciones y las enfrentaban, y está aparentemente hoy olvidada por todos.

Pero en los “Documentos finales de Medellín”, he encontrado este párrafo, que no sé si sería suscripto hoy, pese a vivir una época totalmente moderada y democrática en nuestra América, en la que se quiere continuar: “existe en primer lugar, el vasto sector de los hombres ‘marginados’ de la cultura, los analfabetos indígenas, privados a veces hasta del beneficio elemental de la comunicación por medio de una lengua común. Su ignorancia es una servidumbre inhumana. Su liberación, una responsabilidad de todos los hombres latinoamericanos. Deben ser liberados de sus prejuicios y supersticiones, de sus complejos e inhibiciones, de sus fanatismos, de su sentido fatalista, de su incompreensión temerosa del mundo en que viven, de su desconfianza y de su pasividad”. Este párrafo es lúcido y generoso, pero distante del “multiculturalismo” en boga. ¿Lo dejamos en el olvido?

La relación entre la cultura predominante en una sociedad, de la que son parte su lengua, sus raíces religiosas, su forma de gobierno, y los indicadores de riqueza, salud y educación, parece muy importante. Se habla de brecha entre países ricos y países pobres. Y que la brecha se ensancha.

Esta brecha es económica, con sus consecuencias en salud, educación, calidad de vida. Nuevamente, ¿será posible achicar la brecha económica sin modificar la cultura y la “visión del mundo” de aquellos a quienes se quiere ayudar? ¿Servirá de algo solamente la ayuda externa en dinero? ¿No será alimentar un pozo sin fondo? Y si no es posible extender la ayuda a otras dimensiones, ¿los dejamos como están? Y si no es posible, o al menos es difícil, ¿odiamos y envidiamos a los exitosos? Y fundamentalmente, ¿es posible ayudar y transformar sin aceptación y participación completas y activas de quien recibe la ayuda?